

sino un compatriota, Daniel O'Connell, católicos como ellos. O'Connell fué el primer irlandés que abandonó el sistema de las conspiraciones y sociedades secretas, y empezó la lucha franca contra los anglo-sajones. De constitución física robusta, dotado de las ventajas y defectos intelectuales y morales de su raza, era vivo de ingenio, chistoso, impetuoso en el ataque, rápido en las réplicas. Juriconsulto notabilísimo y orador consumado, nunca se salió de los límites de la legalidad. «Jamás, dice Cormenin, en ningún siglo ni en ningún país, hombre alguno adquirió sobre su nación dominio tan absoluto, tan soberano, tan completo. Irlanda se personifica en O'Connell: este hombre es, en cierto modo, él solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su dios. Los antepasados de O'Connell, descendientes de los reyes de Irlanda, llevaban á la cintura el acero de las batallas: él, tribuno del pueblo, se ciñe también el acero en los combates de la palabra, el acero de la elocuencia, más temible que la espada». En mil ochocientos veintitrés, organizó la Asociación católica para pedir la igualdad política, y en una reunión celebrada el diez y seis de Diciembre de mil ochocientos veinticuatro, predijo graves acontecimientos si el Parlamento no prestaba oídos á las reclamaciones de los católicos, dispuestos á hacer reconocer sus derechos. El Parlamento suprimió la medida inútil. La asociación reapareció con otro nombre.

Cuando volvieron los toris puros al poder, O'Connell se determinó á probarles que estaba agotada la paciencia del sufrido pueblo irlandés. Casualmente, anuncióse entonces una reelección en el condado de Clare. Como de costumbre, estaba tendido el telar electoral, cuando de súbito se presenta O'Connell y es elegido con inmenso júbilo de sus compatriotas. Los protestantes se quedan como quien ve visiones, y tan tirantes se ponen los ánimos, que se plantea la disyuntiva de admitir al nuevo diputado ó provocar un levantamiento general en Irlanda, de consecuencias incalculables, atendido el descontento que reinaba en Inglaterra y las simpatías de que en todo el reino gozaba la justa causa de los católicos. Wéllington, con su golpe de vista de soldado, aprecia debidamente la situación. «He pasado, dijo, gran parte de mi vida en medio de escenas de desolación y de muerte. He sido colocado por la suerte en países desgarrados por la guerra civil. Pues bien, antes que contemplar á mi patria presa de las calamidades que he presenciado, correré todos los riesgos; le sacrificaré mi vida». Cediendo, pues, á la fuerza de las circunstancias, el duque tomó, con Peel, «la grande y amarga resolución». Él únicamente podía imponérsela al Rey, arrojando friamente su cólera, y á la Cámara de los lores, empleando prudentes razonamientos, con los que consiguió calmar los escrúpulos de los obispos, demostrándoles que el asunto era político, no de conciencia, y que las cosas habían cambiado totalmente desde la caída de los Estuardos. Por su parte, Roberto Peel, en la Cámara de los comunes, sostuvo que había habido excelentes razones para mantener la legislación antigua, pero agregó: «Renuncio ya á este empeño, convencido de que

no es útil persistir en él. Hay una disposición más peligrosa tal vez que el miedo, la de dar á entender que se teme despertar la sospecha de tener miedo. Los ministros habrían sofocado sin trabajo cualquier tentativa de intimidación, mas hay temores que no repugnan en manera alguna el carácter del hombre más firme.» De este modo, recabaron de las cámaras, Wéllington y Roberto Peel, el voto que alejaba de su patria el espectro de la guerra civil; empero, el noble sacrificio que hicieron de sus convicciones dislocó los antiguos partidos. Los whigs iban pisándoles los talones «con sonrisa irónica,» mientras los toris, irritados, les colmaban de denuestos. Las pasiones se exacerbaban tanto que Wéllington, á pesar de su edad, de sus servicios y de su gloria, tuvo que batirse con lord Winchelsea, y se acusó á Peel de querer hacer proclamar al vendedor de Watterloo rey de Inglaterra.

Así se resolvió el gran conflicto de emancipación, que amenazaba precipitar á las islas británicas en las convulsiones y horrores de la guerra intestina. ¡Llor á las instituciones libres!